



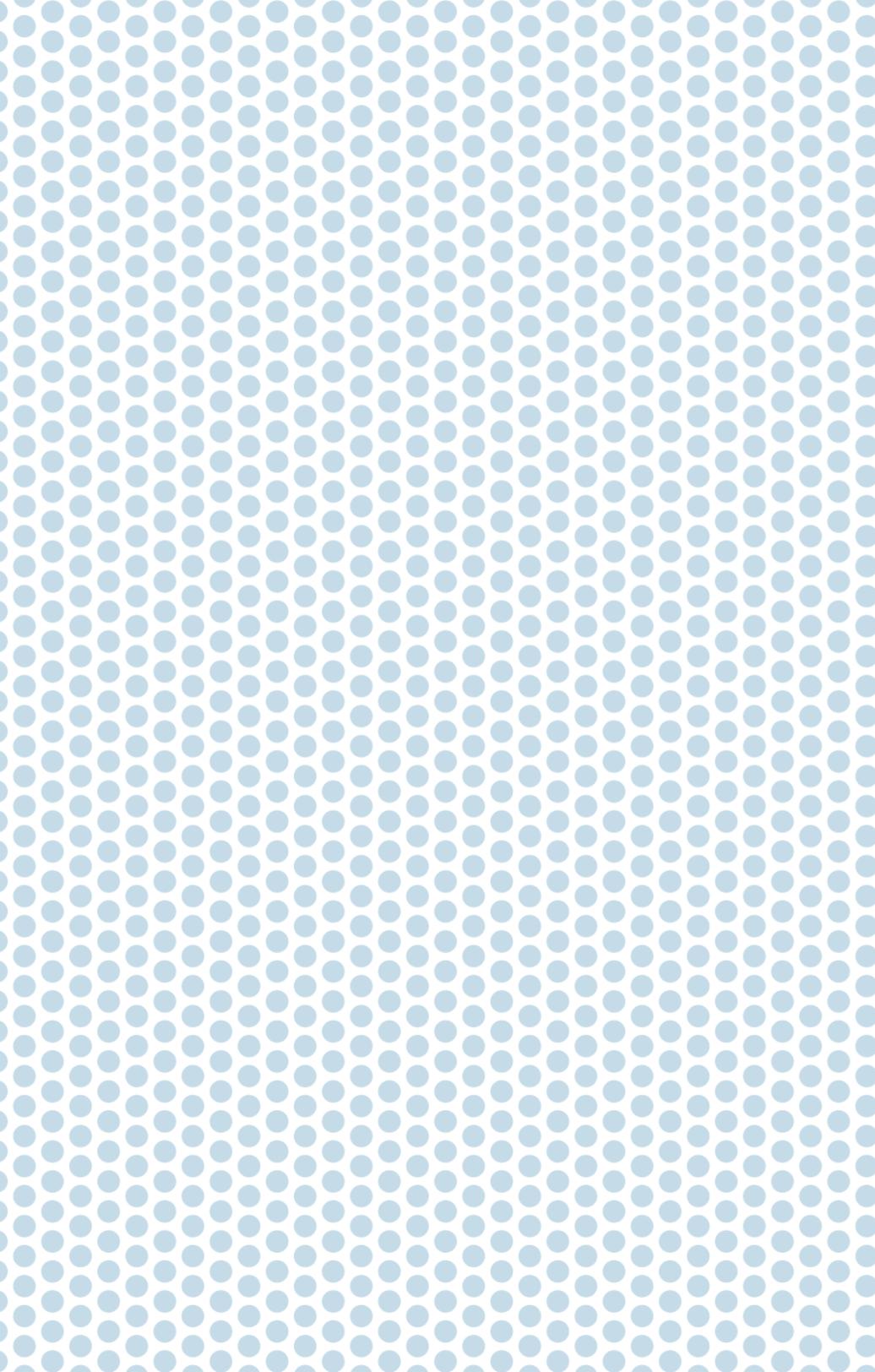
EL BARCO
DE VAPOR

Aurelio tiene un problema gordísimo

Fernando Lalana
y José María Almárcegui



Ilustraciones
de Iratxe López de Munáin





EL BARCO
DE VAPOR

Aurelio tiene un problema gordísimo

Fernando Lalana
y José María Almárcegui

Ilustraciones de Iratxe López de Munáin



Primera edición: abril de 1994
Vigésima octava edición: abril de 2017

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Carolina Pérez
Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto: Fernando Lalana y José María Almárcegui, 1994
© de las ilustraciones: Iratxe López de Munáin, 2017
© Ediciones SM, 2017
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-8935-1
Depósito legal: M-9006-2016
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

PRIMERA PARTE
AQUEL HORRIBLE DÍA

● 1

LOS PIES DE OTRO

ESA NOCHE había vuelto a soñar que se lo tragaba una ballena. Quizá por eso, al despertar se sentía más cansado que cuando se acostó.

Abrió los ojos y se dio un susto de muerte. Allí, a lo lejos, sobresaliendo por el otro extremo de su cama, podía ver dos pies enormes y desconocidos. Ahogando un grito, apartó la sábana de un tirón y saltó al suelo. Y, ante su sorpresa, los dos pies saltaron con él y se situaron bajo su cuerpo, al final de sus piernas, unidos a sus propios tobillos.

Aurelio abrió una boca así de grande y emitió un quejido incrédulo.

—¡Ah...!

No era posible. Aquellos pies descomunales no podían ser los suyos. Sin duda, alguien se los había cambiado mientras dormía. Solo por asegurarse, cogió sus zapatos Gorila y trató de calzárselos.

Imposible, claro. Habría necesitado, al menos, cinco números más.

–Debo de estar soñando aún –se dijo Aurelio.

Y, por ver si despertaba, se propinó un soberbio pellizco en el brazo izquierdo. Se produjo una hermosa roncha colorada, pero los pies continuaron del mismo tamaño.

En ese momento, oyó la voz de su madre, acompañada de dos golpecitos en la puerta.

–Vamos, hijo. Hora de levantarse.

Aurelio trató de hablar, pero la voz no quería salir de su garganta. Tuvo que intentarlo de nuevo. Logró un chillido bajito.



–Mami..., mami, ven, que me han crecido los pies.

Doña Matilde frunció el ceño.

–¿Eh? ¿Qué murmuras?

Volvió sobre sus pasos y abrió la puerta del cuarto.

–¡Hiiiijo mío! –exclamó doña Matilde, tambaleándose por la impresión.

Aurelio, que aún no había apartado la vista de sus pies, miró entonces a su madre. La vio pequeña, muy pequeña. Luego, miró a su alrededor. Su habitación también había disminuido. ¿Y el suelo? ¿Por qué estaba tan lejos el suelo?



Le dio un mareo. Se sentía cansadísimo, así que se desplomó en la cama. Doña Matilde le colocó la palma de su mano sobre la frente.

–Al menos, fiebre no tienes.

Brazos en jarras, contempló a su hijo. Porque era su hijo, de eso no cabía duda. Las madres, ya se sabe, tienen para esas cosas un sexto sentido; un palpito o algo así. Vamos, que si se tratase de un impostor se habría dado cuenta al instante. No, ni pensarlo. Era Aurelio, sin duda. Su Aurelio. Su Aurelito. Pero ¡qué alto estaba!

–¡Matías, ven, mira al chico! –gritó doña Matilde–. ¡Matíaaas!

Pero la única respuesta fue el lejano rumor de la ducha.

–¡Tu padre, siempre tan oportuno! –exclamó la mujer, saliendo del cuarto–. Se ducha una vez por semana y ha de ser justo en este momento... ¡Matíaaaaaas!

Al quedar solo de nuevo, Aurelio se incorporó fatigosamente. Se miró los brazos. Eran largos y huesudos, terminados en largas y huesudas manos. Y se le notaban todas las costillas del cuerpo. Fuera lo que fuese lo que le ocurría, no le afectaba solo a los pies.

De pronto, le asaltó una idea.

–¡La raya, la raya! –chilló ansiosamente, dirigiéndose hacia la pared de la ventana.

Desde hacía un par de años, cada tres o cuatro meses, Aurelio se situaba de espaldas a la pared, tomaba un lapicero, lo colocaba en horizontal sobre su cabeza y realizaba una pequeña señal. Era un gusto ver cómo cada nueva rayita se alzaba dos, tres y hasta cuatro centímetros por encima de la anterior.

Ahora corrió hacia allí, y buscó la última marca.

–No está... –balbució, confundido.

Su madre habría borrado las señales en la última limpieza, seguro. ¡Maldición! Llevaban allí más de dos años y las había tenido que borrar precisamente ahora.

Bajó la vista, desalentado. Entonces las vio. Tuvo que agacharse para mirarlas de cerca, pero, desde luego, no existía duda alguna. A la altura de su pecho había una rayita con la inscripción FEB. 67; un poco más abajo, otra que decía NOV. 66. Y debajo otras más, cada una más antigua y borrosa que la anterior.

Aurelio tragó saliva, cogió un lapicero, se colocó de espaldas a la pared e hizo la correspondiente señal. Luego, con su estupenda regla de

madera, midió la distancia que separaba la última marca de la que acababa de realizar.

–Treinta y cuatro, coma, cinco –susurró.

Así, tuvo la aplastante certeza de que esa noche había crecido treinta y cuatro centímetros y medio.

Don Matías apareció en la puerta chorreante, con una toalla anudada a la cintura. Había venido por el pasillo rezongando por lo bajo, sin duda molesto por la forma tan intempestiva en que su mujer lo había sacado de la ducha.

–¿Es que todo lo tengo que solucionar yo en esta casa? ¿Es que no sabéis hacer nada sin mí? ¡A ver! ¿Qué diantres le pasa al chico?

Cuando vio a Aurelio, se quedó inmóvil, tal que si le hubiera dado un parálisis: serio, sujetándose la toalla con una mano, mirando a su hijo de hito en hito.

–Pero ¿qué significa esto? –exclamó, por fin, en un tono a medio camino entre la firmeza y la incredulidad, como si temiese estar siendo víctima de una broma pesada.

–¿A que está más alto? –preguntó doña Matilde.

–¡Toma! Y tanto...

–¿Y ahora qué hacemos? –inquirió la esposa.

Don Matías carraspeó un buen rato, antes de responder:

–¡Está bien claro, mujer! ¡Llama al médico ahora mismo!

Mientras la madre de Aurelio corría al teléfono, don Matías se acercó a su hijo. Estirando mucho el brazo, logró acariciarle la cabeza.

–¿Te encuentras bien, hijo? ¿Qué sientes?

Aurelio se llevó la mano al estómago.

–Hambre, papá. Un hambre que me muero.

Don Matías trataba de aparentar serenidad. Se sirvió un café solo y abrió la prensa por las páginas de deportes, como cada día. Pero no podía evitar lanzar continuas y atónitas miradas a su hijo por encima del periódico.

Con total disimulo, contó los papelitos parafinados que Aurelio iba amontonando a su lado, sobre la mesa. Dieciséis. Se había comido dieciséis magdalenas y tres tazones de leche con colacao. ¡Qué bárbaro! Aunque, por otra parte, tenía un aspecto tan desnutrido...

–El doctor Bálsamo me ha dado hora para esta tarde, a las siete –anunció doña Matilde, entrando en la cocina.



–¿Cómo? ¿Para esta tarde? –se asombró don Matías–. Pero ¿le has explicado bien...?

–Claro que sí. Que el chico había crecido mucho de repente y que estaba muy delgado. Es eso, ¿no?

–Bueno... sí, pero...

–Me ha preguntado si tenía fiebre. No. Si sentía náuseas. No. Si le habían salido erupciones en la piel. Tampoco. Si le dolía algo. No. Entonces ha dicho que no parecía grave y que fuéramos a su consulta esta tarde.

Don Matías apuró su taza de café.

–Bueno, bueno. Él sabrá.



A continuación, lanzó otro de sus habituales carraspeos de veinte segundos. Aurelio no conocía a nadie que carraspease tanto y tan bien como su papá.

–Y ahora, hijo, date prisa o llegarás tarde al colegio.

Aurelio abrió unos ojos como huevos fritos.

–¿Qué? ¿Al cole? Pero... ¡No puedo ir al cole!

–¿Y por qué no? Ya has oído a tu madre: el doctor Bálsamo cree que no es nada grave.

–Pero... pero... ¿No lo comprendes? De repente, seré el más alto de mi clase. El más alto de todas

las clases. Todo el mundo me mirará como a un bicho raro.

–Vamos, vamos, no exageres. Alguien tiene que ser el más alto del colegio, ¿no? Ya me habría gustado a mí tener tu altura para poder defenderme del grandullón de Julián Faci, que me la tenía jurada. ¡Menudo bachillerato me dio el tal Faci!

Aurelio sintió que respiraba con dificultad. ¡No podían hacerle eso! Buscó una excusa desesperadamente.

–¡No tengo ropa! Toda me viene pequeña. Ni siquiera me servirá la tuya, papá.

Pero ahí estaba su madre para salir al quite.

–Creo que tengo la solución. En el armario del pasillo guardo algo de ropa de tu abuelo Constantino, que en paz descansa. El abuelo Constantino era altísimo. Seguro que te sirve.

–Ya verás como no –musitó Aurelio, con escasa convicción.

La ropa que encontraron en el armario del pasillo era digna de estar en un museo. O eso le pareció a Aurelio. Con todo, el principal problema radicaba en que el abuelo Constantino debía de

pesar unos cuarenta y cinco kilos más que su desdichado nieto.

–Mamá, pero si en esta camisa caben tres como yo...

–De mangas te va bien, que es lo importante. Ahora mismo te cojo unos pliegues en la espalda y listo. Eso sí, no te quites la chaqueta del traje o se te verán.

–¿Traje? ¿Voy a ir con traje?

–¡Qué remedio! Tu abuelo Constantino usó traje oscuro desde los nueve años. Siempre lo contaba.

A Aurelio le empezaba a caer gordo el abuelo Constantino, al que nunca conoció. Y la aversión se convirtió en odio al verse ante el espejo ataviado con aquel horrible traje de lanilla color gris marengo. Era como ver a Stan Laurel con la ropa de Oliver Hardy.

–¡No pienso salir de casa con esta facha!

–¿Qué facha? ¡Si estás muy elegante! Además, ya sabes que no se debe faltar a clase sin causa justificada. Y ahora, los zapatos.

Doña Matilde sacó una caja de cartón marcada con el número 45. Al abrirla, Aurelio retrocedió como si hubiera visto una culebra de dos metros.

–¡Aaaj! ¡Zapatos de rejilla! ¡Ni hablar! Eso sí que no, mamá. No me pondré zapatos de rejilla. ¡Todos los profesores de mi colegio usan zapatos de rejilla!

–Esa es la prueba de que son estupendos. Y muy cómodos. Venga, hombre, no pongas tantas pegas a todo.

Los zapatos le venían grandes, pero unas gruesas bolas de algodón en las punteras solucionaron el problema. Lástima que se adivinaran tan claramente a través de la rejilla.

–¡En marcha!

A Aurelio solo le quedaba la razonable esperanza de que sus compañeros no le reconocieran.